

no preguntón, porque me iré cansando:  
comer pluma lo menos,  
que á esto se obligan los maridos buenos;  
y á las tres, vida mía,  
para quitarme la melancolía,  
aunque granice ó llueva,  
el aposento en la Comedia nueva:  
y en saliendo, en el Prado,  
á dar las vueltas con Antón al lado;  
y en volviendo, que el ama  
tenga la mesa un palmo de la cama,  
porque luego me corro,  
si en cenando no vamos á la rotro:  
¿paréceos bien, mi vida?

MARIDO.

No.

DOÑA CARMESÍ.

¿Tan presto  
vendéis vinagre y retorcéis el gesto?

MARIDO.

Ru.

DOÑA CARMESÍ.

¿Ru?; ¿qué buen marido!  
¿Diablo del Corpus Christi, habéis vos sido?

MARIDO.

Fa.

DOÑA CARMESÍ.

Solfeado amante,  
si es que habéis de cantar, pasá adelante.

MARIDO.

¡Ay!

DOÑA CARMESÍ.

Como veo, estáis enamorado.

MARIDO.

Por lo menos estoy endemoniado.  
Mujer desvergonzada,  
oid, pues que conmigo estáis casada:  
tendréis en mí un demonio  
si no observáis el santo matrimonio:  
vos, en amaneciendo,  
habéis de despertar y iros vistiendo;  
y esto con mucha prisa,  
traerme sahumada la camisa:  
darme agua manos luego;  
trasladarme en mi plato desde el fuego  
el torreznito asado;  
no gruñir aunque no os deje bocado;  
temblar cuando os mirare,  
y si de vuestro amor me empalagare,  
y el apetito vario,  
buscaré otro manjar extraordinario;  
callar es lindo medio,  
que andará Juan garrote de por medio.

DOÑA CARMESÍ.

Marido.

MARIDO.

Muy bien dices, que el marido  
es el tu autem, el señor, el gallo,  
el parlón, el mandón, el que dispensa,  
el que guarda la yegua, el que la piensa;  
y si ve melindritos y regalos,

quien mata á la mujer á puros palos;  
porque hay mujer que está toda la vida  
como nuez Galiciana empedernida.

DOÑA CARMESÍ.

La mujer.

MARIDO.

La mujer, dice el proverbio,  
que es la priora en casa, la mandona,  
y en todas ocasiones la callona:  
la que se empreña y pare, la que cría,  
la que callando en ocasiones tales,  
envuelve, arrulla y lava los pañales:  
la que hace agua de piernas, la que limpia  
la faldriquera del hablón marido,  
cuando le ve en el tálamo dormido.

DOÑA CARMESÍ.

¿Vos érades el mudo?

MARIDO.

Vuestra malicia darme lengua pudo.

DOÑA CARMESÍ.

Divorcio á voces pido.

MARIDO.

Yo posesión de líquido marido;  
y vámonos á espacio  
en lo de visitar á don Estacio;  
y lo de comer pluma es mucho imperio,  
que hay boca linda que habla de misterio.

DOÑA CARMESÍ.

¿Yo comer vaca? Cómala un poeta.

MARIDO.

Vos habéis de comer vaca y baqueta.

DOÑA CARISEA.

Otórgaselo todo, amiga mía;  
que por bien los maridos verdaderos  
de leones se vuelven en corderos,  
balando tras las madres,  
y en dos años están como sus padres.

DOÑA CARMESÍ.

¡Ca! No más enojos,  
que vos seréis la lumbré de estos ojos:  
y sea justo ó injusto,  
no tengo de salir de vuestro gusto.

MARIDO.

Ya me voy ablandando;  
calla, bobilla, que me estoy burlando:  
ya mi condición domo;  
tú mandarás en casa si yo como.

DOÑA CARMESÍ.

Comer no ha de faltarte.

DOÑA CARISEA.

Pues baila y nunca vayas acostarte.

DOÑA CARMESÍ.

Esta palabra tomo:  
tú mandarás en casa si yo como.

VEJETE.

Celébrese esta boda.

MARIDO.

Árdase en puntos esta casa toda,  
y en habiendo bailado,  
me hallaréis en camisa y acostado:  
mirad, que vengáis presto.

DOÑA CARMESÍ.

Y si tengo que hacer, y no me acuesto,  
¿tendrá paciencia?

MARIDO.

Y ¡cómo!

tú mandarás en casa si yo como.

DOÑA CARISEA.

Cantad, pues, y bailemos,  
y al novio de dos letras celebremos.

DOÑA CARMESÍ.

Ya mi intento penetras:  
celebremos el novio de dos letras.

*(Baile.)*

Al marido que pide celos y celos,  
la mujer suele darle con la de rengo.  
Por el hilo se saca, madre, el ovillo,  
y por las cabecitas á los maridos.  
El marido que quiere hacer mayorazgo,  
ha de tener las armas de San Estacio.

## 321

CXII.—Entremés del Miserable. <sup>1</sup>

DE BENAVENTE

[PERSONAS:]

DOÑA GRAJA. MARTÍN DE PERAL-  
DOÑA TILDE. VILLO.

DOÑA GRAJA y DOÑA TILDE.

DOÑA GRAJA.

¿Qué tristeza es aquesta que en ti miro,  
mi doña Tilde?

DOÑA TILDE.

Préstame un suspiro  
y dos pares de lágrimas, amiga,  
y sabrás el dolor que me fatiga.

DOÑA GRAJA.

Pues eso ¿á qué dolor le falta?

DOÑA TILDE.

Al mío,  
pues á un hombre tan mísero me han dado,  
que aun eso es menester pedir prestado:  
porque si quiero suspirar, lo estorba,  
diciendo que aquel aire que se pierde,  
queriendo hacer menor la pesadumbre,  
será mejor para encender la lumbré:

cuando quiero llorar, dice que aguarden  
á que traiga dos vasos, mis enojos,  
y puestos los dos vasos en mis ojos,  
las lágrimas que allí mi llanto llueva,  
por no gastar en agua se las bebe.

DOÑA GRAJA.

¡Que es tan mísero!

DOÑA TILDE.

Amiga doña Graja,  
¿no has oído decir, por el agudo,  
«parte un pelo en el aire»?; pues mi esposo  
tan sutil viene á ser en su laceria,  
que aun en el aire parte una miseria.  
¿Viste? Aquesto del «viste» es de comedia;  
mas vaya un entremés, que no sea visto;  
pues no se va contra la fe de Cristo.

DOÑA GRAJA.

No haya comparación, por vida mía,  
dígallo doña Tilde á quién le toca.

DOÑA TILDE.

¿Qué viste me has quitado de la boca!

DOÑA GRAJA.

¿Y era?

DOÑA TILDE.

Sobre haber hecho mi marido  
que duerma en carnes yo, manda precisa,  
porque no se me gaste la camisa.

DOÑA GRAJA.

¿Cómo con su mujer puede hacer eso?

DOÑA TILDE.

Dice que aun no lo soy, hasta que crezca;  
que al decillo, lo propio me responde,  
que soy su bizmujer, como vizconde.

DOÑA GRAJA.

Pues ¿por qué tan pequeña te ha querido?

DOÑA TILDE.

Porque es menor el gasto del vestido.

DOÑA GRAJA.

¿Que por eso te quiso?

DOÑA TILDE.

Y no me basta;  
porque á cada vestido tengo riña,  
porque no lleve alforza la basquiña,  
que dice que es de más lo que se dobla,  
y es un gasto que duda en qué le fundo;  
pues la alforza no sirve á Dios ni al mundo.

DOÑA GRAJA.

¿Déjate visitar?

DOÑA TILDE.

Algunas veces;  
mas con que á las visitas que me ha dado,  
lleve paso de fraile convidado.

DOÑA GRAJA.

Pues ¿qué consigue desto?

<sup>1</sup> Flor de entremeses. Madrid, 1637.

DOÑA TILDE.  
Amiga, dice  
que si alargó los pasos, daré menos,  
y vendrán á salille más baratos,  
pues así romperé menos zapatos.

DOÑA GRAJA.  
Y ¿es mísero en comer este mancebo?

DOÑA TILDE.  
De tal manera, que triparte un huevo,  
la yema come, y dándome la clara,  
á los gatos hambrientos y traviosos  
las cáscaras les da en lugar de huesos.  
*Entra PERALVILLO vestido lo más miserablemente que pueda.*

PERALVILLO.  
El tabique es aqueste: ¡hola!, un martillo.

DOÑA TILDE.  
¿Qué pretendéis, Martín de Peralvillo?

PERALVILLO.  
Hacer un agujero en él.

DOÑA TILDE.  
¿Qué os mueve?

PERALVILLO.  
El ver que el mundo está tan apretado.

DOÑA TILDE.  
Harto es que quiera ser vuestro traslado.

PERALVILLO.  
¿Soy miserable?

DOÑA TILDE.  
Y mucho.

PERALVILLO.  
El juicio pierdo,  
que me hagan miserable, siendo cuerdo.

DOÑA TILDE.  
Y en fin, del agujero ¿qué resulta?

PERALVILLO.  
Entramos mi vecino y yo en consulta,  
y hemos determinado que se haga  
en aqueste tabique un agujero,  
donde un candil alumbre las dos casas:  
que siendo allí la luz medianería,  
la mitad gasto menos cada día.

DOÑA TILDE.  
Y ¿habéis de hacer vos solo el agujero?

PERALVILLO.  
La mitad, porque á medias y contadas  
hemos de dar las dos las martilladas.

DOÑA TILDE.  
Hoy los prueba la luz como la tierra;  
porque para acostarte, es cierta historia  
que entramos encendían la memoria.  
¿Qué aceite habéis de dar?

PERALVILLO.  
El que sobrara  
de la ensalada que se cene.

DOÑA TILDE.  
¿Cómo?

PERALVILLO.  
Mirad, echado en un caldero de agua  
el aceite y vinagre al mismo punto,  
sobre el agua el aceite viene á verse,  
de suerte que es muy fácil de cogerse;  
pues este mismo aceite que se coge,  
después de haber servido en la ensalada,  
sirve á la luz y no se pierde nada.

DOÑA GRAJA.  
¡Ay, amiga, que lástima te tengo!

PERALVILLO.  
Désela vuestro; que no me agrada  
que á mi mujer la tenga nadie nada.

DOÑA GRAJA.  
¿Qué delitos has hecho, doña Tilde?

DOÑA TILDE.  
Muchos deben de ser si he de decillo;  
pues vengo á padecer en Peralvillo.

PERALVILLO.  
¿Vos padecéis?

DOÑA TILDE.  
Amiga doña Graja;  
que es Peralvillo archivo de miserias,  
que si entra en su posada,  
pide la sarna, comezón prestada,  
que aun hasta en el dormir es miserable;  
pues ata el sueño, porque no se pierda,  
que por esto ha resuelto  
de no dormir jamás á sueño suelto;  
que por no la vestir, ninguno duda  
que diga siempre la verdad desnuda;  
que es un talego lo que más adora,  
ya tú lo sabes, pues escucha agora.

PERALVILLO.  
No quiero que lo escuche, ¡vive Cristo!,  
ni en vos he de sufrir tampoco el modo  
de «escucha agora, pues lo sabes todo».

DOÑA TILDE.  
Mirad.

PERALVILLO.  
Que me tenéis muy harto, digo.

DOÑA TILDE.  
Pues haced otro tanto vos conmigo;  
porque si como ayuno fuera santa,  
y no fuera tan grande pecadora,  
bien pudiera ser santa á cualquier hora.

PERALVILLO.  
Pues ¿no rueda en mi casa la comida?

DOÑA TILDE.  
Debe de ser en rueda tan ligera,  
que sólo quien volara la tuviera.

DOÑA GRAJA.  
Pues ¿no te da qué comas?

PERALVILLO.  
¡Por mi vida!  
que sobra siempre.

DOÑA TILDE.  
El hambre á la comida.

PERALVILLO.  
Y hoy ¿sobrará?

DOÑA TILDE.  
Si más de ocho lentejas  
me ha dado que guisar, nunca me goce.

PERALVILLO.  
Pues tomad otras cuatro y serán doce.  
*(Saca lentejas de la faltriguera, y cuéntalas encima de un bufete.)*

DOÑA TILDE.  
¿Vesle?: pues mandará desta docena  
que deje la mitad para la cena.  
*(Va TILDE á tomallas arrebatadamente.)*

PERALVILLO.  
Esperad.

DOÑA TILDE.  
¿Qué queréis?

PERALVILLO.  
Menos ahinco:  
déjame quitar una, que van cinco.  
*(Saca un grano de sal de otra faltriguera.)*

DOÑA TILDE.  
Sal para que se guisen, ésta es poca.

PERALVILLO.  
¿Poca? ¿Pues ha vivido en mis lentejas  
algún hebreo que haya delinquido,  
que sembrallas de sal habéis querido?

DOÑA TILDE.  
Pan habrán menester para guisarse.

PERALVILLO.  
Pues no le quiero dar, si son guisadas;  
que no han de ser lentejas empanadas.

DOÑA GRAJA.  
¿Hasta el pan te rehusa?

DOÑA TILDE.  
De manera  
que me quita que rece el Padrenuestro,  
porque cuande le rece, Graja mía,  
no me acuerde del pan de cada día.

PERALVILLO.  
Tomad, que natural es de Vallecas.

DOÑA GRAJA.  
¿Dióte pan?

DOÑA TILDE.  
Ya me ha puesto en esta mano  
un mendrugo más duro que un indiano.

DOÑA GRAJA.  
Él es una alacena viva.

PERALVILLO.  
Agora  
¿hay más que me pedir?

DOÑA TILDE.  
Carbón.  
*(Saca un carbón de otra faltriguera.)*

PERALVILLO.  
Tomalde.

¿Hay más?

DOÑA TILDE.  
No quiero más.

PERALVILLO.  
¡Dios sea bendito!  
que aunque coméis de modo que atribula,  
podéis hoy entregaros á la gula.  
*(Tocan guitarras.)*

DOÑA TILDE.  
¿Qué guitarras son éstas?

DOÑA GRAJA.  
De unos músicos  
que vienen á ensayar conmigo un baile.

PERALVILLO.  
Pues ensáyenle aquí.

DOÑA GRAJA.  
Muy en buena hora.

Entren.  
*(Entran todos los que bailan.)*

DOÑA TILDE.  
Come hoy acá.

PERALVILLO.  
Ya la convida,  
porque ve que le sobra la comida.

## 322

CXIII.—Entremés de los Condes fingidos.<sup>1</sup>

DE BENAVENTE

[PERSONAS:]

OSUNA.	ALDONZA.
PEDRO.	ACOMPAÑAMIENTO.
MARIANILLA.	SECRETARIO.
INÉS.	MAYORDOMO.
LUCÍA.	

OSUNA.  
¿Tú has de fingirte conde? ¿Estás borracho?

PEDRO.  
Yo he de fingirme conde, ¡vive Cristo!

<sup>1</sup> Flor de entremeses. Madrid, 1657, y Teatro poético, 1658.

OSUNA.  
Y ¿para qué, Perico?

PEDRO.  
Escucha, Osuna:  
ha venido á la corte una condesa,  
y un título pretende en casamiento,  
y aqueste he de ser yo.

OSUNA.  
¿Tú? ¡mas no nada!

PEDRO.  
Yo tengo algún dinero, y con aqueste  
vestido compraré, tendré criados,  
y aunque por poco tiempo, bien pagados.

OSUNA.  
Y ¿de dónde te piensas llamar conde?

PEDRO.  
De apellido extranjero, Luca ó Cena.

OSUNA.  
¡Plega á Dios no te den mucha carena!  
¡Y si después que estéis los dos casados  
se sepa<sup>1</sup> aqueste embuste?

PEDRO.  
Osuna amigo,  
esté casado yo sólo dos días  
con la condesa, como propia prenda,  
y vaya manijando la hacienda;  
que por su honra callará la triste  
cuando el engaño sepa.

OSUNA.  
Bien has dicho.

PEDRO.  
Tú me has de acompañar.

OSUNA.  
De buena gana.

PEDRO.  
Pues vamos.

OSUNA.  
Ya te sigo. ¡Vive Cristo!<sup>2</sup>  
que me he de apartar dél, y con su traza,  
pues en todo la hacienda se interesa,<sup>3</sup>  
he de ir á pretender á la marquesa.<sup>4</sup> (Vanse.)

Sale MARIANILLA y INÉS.

MARIANILLA.  
Basta que está la corte alborotada.

PERICO. De buena gana.  
Ven conmigo.

OSUNA. Ya voy; mas ¡vive el cielo!

3 En el Teatro poético:  
pues tanto gusto y honra se interesa.

4 En el Teatro poético: «condesa».

INÉS.  
Y yo de verte á ti tan admirada,  
que con saber quién eres, Marianilla,  
y saber que es enredo y es embuste  
este tu marquesado, me ha admirado  
la gravedad tan grande que has cobrado;  
no dirán sino que eres gran señora  
todos cuantos te vieren.

MARIANILLA.  
He fingido  
que soy marquesa, por tener marido  
rico, galán, y lo que yo más quiero,  
que jure por la fe de caballero;  
mas porque no se olvide esto de grave,  
que ensayemos quisiera, Inés, ahora,  
como criada tú, yo cual señora.

INÉS.  
¡Plega á Dios que no pare esto en tragedia!

MARIANILLA.  
Haz cuenta que es un paso de comedia.

INÉS.  
¡Hola, hola!

MARIANILLA.  
¿Qué hay de pretendientes?

INÉS.  
Que otros tu amor conquistan diligentes.

MARIANILLA.  
¿Títulos?

INÉS.  
Sólo el uno tiene título.

MARIANILLA.  
¿Conde ó marqués?

INÉS.  
El conde del Cortijo.

MARIANILLA.  
¿Del Cortijo? ¡Mal haya quien tal dijo!  
Será algún labrador: di que pretenda  
á la mujer de Peribáñez<sup>1</sup> luego.

INÉS.  
¿Por qué?

MARIANILLA.  
Porque ella admite allá en la villa  
la tosca capa, y más si es la pardilla.

INÉS.  
Otro es un bizarrón y caballero;  
pero tiene una falta pequenilla.

MARIANILLA.  
¿Qué?

INÉS.  
Ser tuerto.

MARIANILLA.  
¡No es nada la faltilla!

<sup>1</sup> Alusión á la comedia de Lope de Vega

despídele también, pues ya sospechas  
que no haré<sup>1</sup> con él cosa á derechas.

INÉS.  
Otro es un mayorazgo.

MARIANILLA.  
Aqueso es bueno.

INÉS.  
[Muy] mozo y [muy] galán.

MARIANILLA.  
Aqueso espero.<sup>2</sup>

INÉS.  
Tiene once hermanos, y él es el postrero.

MARIANILLA.  
Serán las doce tribus: dile luego  
que le aborrezco por sus partes ruines;  
que no me caso yo con Benjamines.

INÉS.  
El otro es un mocito, cuyo abuelo  
dos hábitos tenía.

MARIANILLA.  
Honor supremo:  
¡dos hábitos! ¿hay tal?

INÉS.  
Pues no te espante,  
que el uno traía atrás y otro adelante.

MARIANILLA.  
Muy devoto será el tal mancebito  
de San Andrés y el Padre San Benito:  
¿qué apellido?

INÉS.  
Abraham ha de llamarse.

MARIANILLA.  
Pues con Matusalem podrá casarse.

Sale LUCÍA.

LUCÍA.  
Un conde, mi señora, está á la puerta.

Sale ALDONZA.

ALDONZA.  
Un marqués, para hablarte, está esperando.

MARIANILLA.  
De dos en dos, la purga va ya obrando;  
di que entren sus señorías.<sup>3</sup>

Salen por una puerta muchos criados, y detrás PEDRO, de  
conde, de gracioso vestido, y por la otra parte solo OSUNA.

PEDRO.  
Feliz suelo,  
que tantas partes alcanzó del cielo.

1 En el Teatro poético: «que no he de hacer».

2 En el Teatro poético se mejora, así:  
INÉS. Rico y galán.  
MAR. Aqueso solo espero.

3 En el Teatro poético: «seorías», que está mejor.

OSUNA.  
Casa feliz, palacio del Aurora,  
donde el sol rayos gira y la enamora.

MARIANILLA.  
¿Quién es el conde?

PEDRO.  
Yo, señora mía.

MARIANILLA.  
¡Hola, Inés! ¡Hola, Aldonza! ¡Hola, Lucía!  
¡Hola, criadas mías!

INÉS.  
¿Qué es aquesto?

MARIANILLA.  
Las sillas de los condes, presto, presto.  
Sentaos, señor.

(Sacan una silla.)<sup>1</sup>

PEDRO.  
La silla es extrémada.

MARIANILLA.  
Téngola en mi linaje vinculada  
para los condes. ¿Es marqués usía?

OSUNA.  
Marqués y remarqués, señora mía.

MARIANILLA.  
¡Hola, criados! ¡Hola!

LUCÍA.  
¿Qué es aquesto?

MARIANILLA.  
Silla de los marqueses, presto, presto.

(Sacan una silla vieja.)<sup>2</sup>

OSUNA.  
Muy inquietos son, ¡por vida mía!<sup>3</sup>  
los marqueses, pues tal la silla han puesto.

PEDRO.  
¿No es aqueste Osunilla? ¿Cómo es esto?  
Valióse de mi traza; callar quiero.  
Hermosa sois, á fe de caballero.

MARIANILLA.  
Esto me agrada á mí, ¡lindo lenguaje!  
muchos criados tenéis.

PEDRO.  
Pues aun no viene  
la octava parte de ellos.<sup>4</sup>

1 En el Teatro poético: «muy mala».

2 En el Teatro poético: «Otra silla peor».

3 En el Teatro poético:  
«Inquietos son, á fe, señora mía».

4 En el Teatro poético está mejor el pasaje:  
PER. la octava parte dellos, porque tengo  
seis mayordomos, cuatro secretarios,  
diez maestresalas, camareros veinte,

MARIANILLA.  
Useoría  
¿cómo tan solo?  
PEDRO.  
Ha despedido cuantos le servían.  
MARIANILLA.  
Y ¿por qué, mi señor?  
OSUNA.  
(¡Qué gran bellaco!)  
PEDRO.  
Porque eran tomadores de tabaco;  
que son cosas muy sucias y muy feas  
en cada rostro haber dos chimeneas.  
Agua me dad, señora de mis ojos.  
MARIANILLA.  
¡Hola!  
LUCÍA.  
Señora.  
MARIANILLA.  
Traed agua luego.  
OSUNA.  
Yo en confusiones de mi amor me anego.  
LUCÍA.  
Aquí está el agua.<sup>1</sup>  
PEDRO.  
Loco amor me ha puesto.  
MARIANILLA.  
El paño de marqueses, presto, presto.  
(Sacar un paño muy sucio.)  
PEDRO.  
Sucios son los marqueses, ¡á fe mía!,  
pues tal han puesto el paño á vueseoría.

MARIANILLA.  
Aquesto aparte, ¿á qué fué la venida?

novcientos lacayos, cien mil pajes,  
mil cocineros, seiscientos reposteros  
y un millón, sí, cabal, de despenseros.  
MAR. ¿Y usoría, señor, cómo tan solo?  
OSUNA. He despedido cuantos me servían.  
MAR. ¿Y por qué, mi señor?  
PER. (¡Qué gran bellaco!)  
OSUNA. Porque eran tomadores de tabaco;  
que son cosas muy sucias y muy feas,  
en cada rostro ver dos chimeneas.  
El otro día estornudó en la mesa  
uno, comiendo yo con mi sobrino  
el Marqués de Churumba, y echó un moco,  
tan oscuro y tan grande el mentecato,  
que lleno de guisado dejó un plato.  
Tiréle al momento; y él, muy triste,  
arrimóse á un rincón, sacó una caja,  
metió los dedos y volvió el taimado  
á embutir las narices de guisado.  
Mas, dejando esto aparte, yo me abraso  
por esos bellos ojos: gran sed tengo;  
agua me dad, señora de mi vida.

Como se comprende, muchos de estos versos son interpolaciones de los cómicos; por eso no los pusimos arriba; pero también explican las deficiencias del texto de 1657.

<sup>1</sup> En el *Teatro poético*: «(Sácale un jarro muy malo con agua)».

PEDRO.  
Yo he venido, marquesa de mi vida,  
á saber vuestro estado, patria y nombre,  
y á deciros el mío.

OSUNA.  
Yo á lo mismo.

MARIANILLA.  
Pues atentos me estad, vueseorías,  
daréles cuenta de las prendas mías:  
yo me llamo, señor, doña Giralda.

PEDRO.  
¿Doña Giralda?: el nombre maravilla:  
¿tenéis alguna hermana allá en Sevilla?

MARIANILLA.  
Sí, señor.

PEDRO.  
Vieja está, ¡por vida mía!

MARIANILLA.  
Soy condesa, señor, de Chinfonía.

LUCÍA.  
Esta condesa pienso que le engaita.

OSUNA.  
¿Dónde cae Chinfonía?

MARIANILLA.  
Junto á Gaita.

PEDRO.  
Buena provincia.

MARIANILLA.  
Rica, alegre y llana.

PEDRO.  
¿Qué nombre<sup>1</sup> la provincia?

MARIANILLA.  
Zamorana,  
tierra de muchos músicos, que es cosa  
que á mí me da gran gusto.<sup>2</sup>

PEDRO.  
¿Sois gustosa?  
Traedme aquí setenta y dos mil músicos.

MAYORDOMO.  
No hay tantos en el mundo.

PEDRO.  
Mayordomo,  
si replicáis os tengo de hacer romo.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> En el *Teatro poético*: «nombre ha».

<sup>2</sup> En el *Teatro poético*: «á mí me agrada mucho».

<sup>3</sup> En el *Teatro poético* hay la acotación: «Sale un Músico tomando tabaco», y sigue:

C. r.º Un músico está aquí.

OSUNA. Mala presencia:  
no podéis cantar bien en mi conciencia.

Mús. ¿Y por qué, mi señor?

OSUNA. Andad, bellaco,  
que traéis las narices con tabaco.

MARIANILLA.  
Decidme vos, ¿quién sois?

PEDRO.  
Estadme atenta.<sup>1</sup>  
Yo me llamo, señora, don Nabuco.

MARIANILLA.  
¿De Donosor?

PEDRO.  
No vengo de esa casta,  
aunque fué su biznieta mi madrastra;  
soy conde de Zumaque y de Tabaco.<sup>2</sup>

INÉS.  
¡Válate el diablo! Conde don Nabuco.

MARIANILLA.  
¿Dónde Zumaque yace?

INÉS.  
¡Qué porfías!  
En las provincias de las Tenerías.

MARIANILLA.  
¿Y sábenlo?

PEDRO.  
En decillo pongo dudas.<sup>3</sup>

MARIANILLA.  
Decildo, ¡por mi vida!

PEDRO.  
Junto á Judas,  
un reino que á montones y á diluvios  
hombres produce, pero todos rubios.

OSUNA.  
Serán de muy bellacas condiciones.  
Mis estados oid en seis razones:  
Don Juan Diego de Pedro<sup>4</sup> es mi apellido;  
en cuatro hermanos míos que han quedado,  
repartimos el santo apostolado:  
soy, señora, marqués de Zeca y Meca;  
mis armas son un huso y una rueca,  
porque con ella, cierta hermana mía,  
mató siete mil moros en un día.

INÉS.  
¡Siete mil moros, váleme San Bruno!

OSUNA.  
Y aun dicen que eran siete mil y uno.

<sup>1</sup> En el *Teatro poético*: «De buena gana».

<sup>2</sup> En el *Teatro poético*: «Saúco».

<sup>3</sup> En el *Teatro poético* está este pasaje así, que es mejor lección:

MAR. ¿Dónde Zumaque cae?

PER. ¡Lindas porfías!

MAR. En la provincia de las Tenerías.

MAR. ¿Y Saúco?

PER. En decillo tengo dudas.

<sup>4</sup> En el *Teatro poético* añade:

Don Juan Diego de Pedro, Andrés de Judas,  
Mateo de Simón, es mi apellido;  
que entre yo y dos hermanos que han quedado  
repartimos...

Trece millones tengo y trece reales  
de renta cada un año.

MARIANILLA.  
¿Tan cabales?

OSUNA.  
Parto<sup>1</sup> de aquesta hacienda con mi suegra.

MARIANILLA.  
¿Qué suegra tiene?

OSUNA.  
De mujer difunta.

MARIANILLA.  
¿Qué gasta con la suegra?

OSUNA.  
Como se unta  
todas las noches...

MARIANILLA.  
¿Cómo! ¿Es hechicera?

OSUNA.  
Gasta en unguentos mi hacienda entera;  
pero ahora tendré bello dinero,  
que he enviado á Samaria y Galilea  
más de cuarenta y cinco mil lechones,  
que han de valer<sup>2</sup> un monte de doblones.

MARIANILLA.  
¿Pues cómo los allá?

OSUNA.  
¡Qué desvaríos!  
¡ya se hartan de tocino los judíos!  
por eso vale caro. También tengo,  
porque os sirvan de ricas orejeras,  
dos perlas, como dos terribles peras;  
y un diamante tan grande, que me atrevo  
á comparallo con un gordo huevo.

MARIANILLA.  
¿Cómo un huevo?

OSUNA.  
Como es tierra tan ancha,  
críanse temerarios en la Mancha.

MARIANILLA.  
¿Qué decís! ¿En la Mancha?

OSUNA.  
No os asombre;  
que hay otra tierra en Indias de ese nombre.

MARIANILLA.  
Á vos me inclino más: ésta es mi mano.

OSUNA.  
Y ésta es la mía, pues tal gloria gano.

<sup>1</sup> En el *Teatro poético*: «Gasto».

<sup>2</sup> En el *Teatro poético*: «que me valdrán».

PEDRO.  
En fin, ¿á mí me desprecias?

MARIANILLA.  
Á ti, conde, te desprecio.

PEDRO.  
Pues quien se casa contigo es un pícaro embustero, y es Osunilla su nombre, que hoy aqueste engaño ha hecho porque le he dicho la traza; que yo también soy lo mismo, y me llamo Periquillo, y entre gente noble, Pedro; quédate para quien eres. *(Vase.)*

SECRETARIO.  
Muy buen lance echado habemos; á un pícaro hemos servido.

MAYORDOMO.  
Vámonos tras él corriendo, y si acaso le alcanzamos á palos lo derréngüemos.

OSUNA.  
Condesa de Chinfonía, Amor este engaño ha hecho.

MARIANILLA.  
Conde de la Zeca y Meca, también yo he hecho lo mismo; <sup>1</sup> que ni yo condados tengo, ni aun los vestidos que traigo son míos.

OSUNA.  
Pues por aqueso te quiero <sup>2</sup> más; no estés triste: tu esposo <sup>3</sup> soy.

MARIANILLA.  
Tú mi dueño; pues va de baile, porque nuestras bodas celebremos. <sup>4</sup>

<sup>1</sup> En el *Teatro poético* sigue:

y me llamo Marianilla,  
que yo ni criadas tengo,  
ni los vestidos que traigo...

<sup>2</sup> En el *Teatro poético*: «estimo».

<sup>3</sup> En el *Teatro poético*: «esclavo».

<sup>4</sup> En el *Teatro poético* sigue:

MAR. Si mi Conde no es rico, compre una espada que defienda [á] su novia de las arañas.  
OSUNA. Pues mi espada, señora, no es plata y oro; gastará de hermosura para los otros.  
JUANA. Estos Marqués y Conde de Marianilla te pondrán en estado de Picardía.  
PER. Pues los tres vamos horros en los estados, al partir también pienso que horros estamos.  
OSUNA. Pues me caso contigo tan claramente, préstame tu hermosura cuando quisieres.  
MAR. Oiga y calle, no mire que así presumo que ha de ser, sin la ruca, marido al uso.

## 323

CXIV.—Entremés: El sueño del perro. <sup>1</sup>

DE BENAVENTE

[PERSONAS:]

SANCHA. | MARICANDIL.  
JULIO. | PEDRO ALONSO. <sup>2</sup>

SANCHA.  
¡Que soy casada!  
JULIO.  
¿Que casada es vusted?  
SANCHA.  
Si no lo fuera,  
¿qué me faltara á mí!  
JULIO.  
Si tal supiera,  
no entrara sin haberme prevenido;  
mas si al punto me voy, poco hay perdido.

SANCHA.  
Tenle, Maricandil, que trae cadena.

MARICANDIL.  
Aguarde, seor don Julio. Sancha amiga, ya está acá: si viniere tu marido, haz aquello que sabes.

SANCHA.  
¿Y esa es cosa en que puedo de todos confiarme?

MARICANDIL.  
Amiga, el señor Julio es caballero, y si da la palabra de callarlo, antes sabrá morir que confesarlo; yo voy mientras habláis, á la ventana á estar en centinela.

JULIO.  
¡Candil mfa!,  
no eres ya mi candil, sino mi día.

MARICANDIL.  
Para que yo por ti, Julio, interceda, baste que tengas nombre de moneda. *(Vase.)*

JULIO.  
Agora dime, Sancha de mis ojos, lo que has de hacer si viene tu marido; porque es bien que me coja apercebido.

SANCHA.  
No me atrevo á fiar cosa tan grave.

JULIO.  
No me conoces bien; ¡desconfianza

<sup>1</sup> *Flor de entremeses*. Madrid, 1637.

<sup>2</sup> Intervienen además: ANTONIA, JUANA y UYO.

del secreto! aunque importe un mundo entero, te empeño yo la fe de caballero.

SANCHA.  
¡Ay, qué propio!

JULIO.  
¿Qué es propio?

SANCHA. Sólo tienen  
ya la fe que empeñar los caballeros;  
mas usan tanto el no desempeñalla,  
que una blanca sobre ella no se halla.

JULIO.  
Satíricas.

SANCHA.  
Verdades.

JULIO.  
¡Esa es otra!  
Acaba, Sancha, ya: de mí confía.

SANCHA.  
Ahora yo me resuelvo á declarallo,  
que no es culpa sabello, sino usallo.  
Yo sé un hechizo que convierte un hombre en perro, en gato, en mono, en tigre, en ciervo.

JULIO.  
En ciervo, yo lo creo, no lo dudo.

SANCHA.  
¿No sabes lo que un tiempo Circe pudo,  
que con una varilla convertía  
los hombres en los brutos que quería?  
Y Medusa, ¿no es cierto que dejaba  
vuelto en mármol el hombre que miraba?  
Pues yo sé más que entrambas, y si acaso  
viniese mi marido, y no tuviese  
otro remedio, vieras la experiencia.

JULIO.  
(¡Por Dios! que hallé remedio en mi dolencia;  
y si este hechizo aprendo, á doña Juana  
podré ver, sin temor de su marido:  
albricias desta nueva, amor, te pido.)  
¿Mas si me quedo siempre vuelto en bestia?

SANCHA.  
¡Esto era bueno! Con palabras hago  
el hechizo, y con ellas lo deshago.

Sale MARICANDIL.  
MARICANDIL.

Tu marido, Sanchita:

SANCHA.  
¿Mi marido?  
Váyase, señor Julio.

MARICANDIL.  
No es posible,  
que está á la puerta ya.

SANCHA.  
Cierta es mi muerte.

MARICANDIL.  
Del hechizo es forzoso aquí valerte.

SANCHA.  
Las puertas quiebra.  
MARICANDIL.  
Pues abrevia el caso.

SANCHA.  
Póngase en cuatro pies, convertirélo  
en perro.

JULIO.  
¿Puede haber en eso yerro?;  
no me dé su marido pan de perro.

SANCHA.  
Á mí me va la vida, y me aseguro.

MARICANDIL.  
Acaba, Sancha, pues: va de conjuro.

SANCHA.  
Vuelva la cara allá.  
MARICANDIL.  
Bien la ha tragado.

PEDRO ALONSO. *(Dentro.)*  
¡Abran aquí! ¿No hay gente en esta casa?

MARICANDIL.  
Ya voy, señor don Julio; aguarde un poco,  
que estamos ocupadas.

SANCHA.  
Esto es hecho.  
MARICANDIL.  
¡Ay, qué perro tan propio: diablo eres!

JULIO.  
Digo, que son demonios las mujeres.

MARICANDIL.  
Oye, que presto ladra.

SANCHA.  
Abre al momento.

JULIO.  
¡Bueno es que ladro, cuando hablar intento!  
¡Por Dios que va de veras!

Sale PEDRO ALONSO.  
PEDRO ALONSO.

¿Han de estarse diez años en abrir? ¿Qué perro es éste?

SANCHA.  
Entrósenos aquí y andaba suelto;  
y así porque al abrirte no se fuera,  
me detuve en cogerlo antes que abriera.

PEDRO ALONSO.  
¡Por Dios! que es lindo el perro, y es muy  
[braco.]

SANCHA.  
Guarda, que muerde.

PEDRO ALONSO.  
¿Á tu señor, bellaco?

SANCHA.  
Debe de ser amigo de mujeres.

JULIO.  
No morderé otra vez.

SANCHA.  
¿Cómo se queja!

PEDRO ALONSO.  
¡Qué lindas lanas tiene! Más ¿no hallaste otra sogá peor que la cadena?

SANCHA.  
Estaba á mano y yo de prisa.

PEDRO ALONSO.  
¡Bueno!:  
¿á un perro que es arisco y es ajeno, quieres que se te vaya, y de ese modo perder el perro y la cadena y todo?

SANCHA.  
No hará.

PEDRO ALONSO.  
¿No hará? ¿Qué boba, qué pandera!; y en yéndose dirá: «¿Quién tal creyera!» Atado puede estar con esta banda, mientras voy á comprarle una de hierro.

SANCHA.  
¿Que la defiende!

PEDRO ALONSO.  
No es muy bobo el perro.

SANCHA.  
«Y éste parezca gato á mi marido»; y ansí dí lo demás.

JULIO.  
Ya yo lo entiendo.

¿Y para deshacerlo?

SANCHA.  
Solamente alzar con los dos dedos en la frente: «como deshace el sol la niebla oscura, deshaga, ricantón, esta figura.»

JULIO.  
¿Hay más que hacer?

SANCHA.  
No más.

JULIO.  
Jurarte puedo voy loco de alegría.

SANCHA.  
Yo lo creo.

JULIO.  
Voite al momento á ver, dueño querido; pues con esto no temo á tu marido.

MARICANDIL.  
Ya se fué; lindamente la ha tragado. (Vase.)

SANCHA.  
Nunca Julio se vió tan agostado.

PEDRO ALONSO.  
¿Fuése?

SANCHA.  
Sí, y no del todo descontento.

PEDRO ALONSO.  
Tampoco yo lo quedo con la presa.

SANCHA.  
¿Qué tal?

PEDRO ALONSO.  
Ciento y cincuenta escudos pesa.

MARICANDIL.  
Hijos, no está hecho todo con ganallo; la gala del nadar es conservallo.

SANCHA.  
Bien dice.

MARICANDIL.  
Puesto que es Madrid tan grande, mudar nombres y barrio, Sancha mía, será como pasarnos á Turquía.

PEDRO ALONSO.  
Eso ha de ser.

MARICANDIL.  
Pues á la madrugada daremos lo que llaman cantonada.

ANTONIA y JUANA.  
ANTONIA.  
Qué, ¿piensas atreverte?

JUANA.  
Amor es ciego, y ya no puedo resistir su fuego.

ANTONIA.  
¿Sabes bien las palabras, Juana mía?

JUANA.  
Así supiera yo el Ave María: Julio viene.

JULIO.  
¿Mi bien?

JUANA.  
¿Julio querido?

JULIO.  
Luego que vi salir á tu marido,

gocé de la ocasión; de más que vengo, Juana, en aquel hechizo confiado.

JUANA.  
¿Es cierto?

JULIO.  
Como cierto hélo probado.  
¿Tomaste las palabras de memoria?

JUANA.  
Como á la que le va tanto en la historia.

UNO.  
Abran aquí, abran presto.

JUANA.  
¿Mi marido!

UNO.  
Abran aquí. ¿Qué es esto?

JUANA.  
Yo recelo que le vió entrar.

JULIO.  
Pues al hechizo apelo: di presto las palabras.

JUANA.  
«Niquis, nasis, rabudadán serán botraga tesa: Plutón y Proserpina, yo te pido que éste parezca perro á mi marido». Ya le puedes abrir.

ANTONIA.  
Estoy turbada.

UNO.  
Yo le vi entrar: habránse detenido en esconderlo.

JUANA.  
¿Qué tenéis, marido, que tal priesa traéis?

UNO.  
¿Qué es esto?

JUANA.  
Un perro.

UNO.  
¿Perro?; bueno por Dios! ¿Pues ciego y loco me pretendéis hacer?; no es nada el yerro!; para engañarme le fingis[teis] perro. ¡Adúlteros, morid!

JUANA.  
¡Ay, desdichada!

JULIO.  
Las palabras errastes, Sancha mía: ¡mal haya el hombre que en hechizos fía!

324

CXV.—Entremés del Burlón. <sup>1</sup>

DE BENAVENTE

[PERSONAS:]

JUANA.	DOTOR.
BURLÓN.	ALGUACIL.
ESTEBAN.	BRAVO.

JUANA.  
Si es de participantes tal belleza, gócame yo un favor de los menores.

ESTEBAN.  
Vengo con atinencia de favores.

BURLÓN.  
¿Sabe quién es á quien se lo pregunta, fregona de canal hasta la punta, que ayer la conocí con capa corta?

JUANA.  
Miente y remiente, y si una de la otra no es, remito la venganza á otro más bravo que él.

BURLÓN.  
Miente y remiente ella y su amigo, y todas sus amigas, el cochero y el coche que los trujo, las mulas y la tierra que han pisado, lo que pensaren y lo que han pensado; miente tras lo que vende y lo que cuenta, cinco leguas en torno desta venta.

JUANA.  
¿Con término desmiente el hombrecillo!; esto es mentir de horca y de cuchillo.

BURLÓN.  
Sólo no miente aquesta bofetada, porque no sea otra vez desvergonzada.

JUANA.  
¿Bofetón en mi rostro!; Vive Cristo! que me he de vengar: ¿hay una caña?

BURLÓN.  
Si es almagre la afrenta, ¿qué hay ponella en caña, ni en palillo, sino déle voacé en un carrillo?

ESTEBAN.  
¿Qué ruido es aqueste?

JUANA.  
¿Ves aqueste?: pues agora me dió una bofetada.

ESTEBAN.  
¿Para qué recibió de nadie nada?

<sup>1</sup> Flor de entremeses. Madrid, 1657.

JUANA.  
¡Bueno es para mi cólera esa flema!  
Dame esa espada.

ESTEBAN.  
¿Quieres que le mate?

JUANA.  
Oiga, aparte voacé, seor Licenciado;  
¿confiesa?

DOTOR.  
Sí.

ESTEBAN.  
Confiese ese cuitado,  
que le quiero matar.

DOTOR.  
Señor, advierta  
que no confieso yo de aqueso modo  
sino mis culpas cada Quasimodo.

ESTEBAN.  
¡Por Cristo, que es hombrazo!  
¿Oye vuested?

BURLÓN.  
Sí oigo.

ESTEBAN.  
¿Fué vusted acaso  
quien le dió un bofetón á esa señora?

BURLÓN.  
Díla con esta mano pecadora.

ESTEBAN.  
¿Y supo vuesarced que es cosa mía?

BURLÓN.  
Yo no puedo negar que lo sabía.

ESTEBAN.  
¡Y sobre que he de defender lo hecho!

BURLÓN.  
¿Qué he de decir sobre esa preguntilla?

BRAVO.  
Que hizo voacé muy bien en sacudilla;  
que es muy ocasionada.

BURLÓN.  
Ya está hecho.

BRAVO.<sup>1</sup>  
Con aqueso he quedado satisfecho.

ESTEBAN.<sup>2</sup>  
¿Quiere voacé otra cosa? ¿está contento?

BURLÓN.  
Que riñamos los dos de cumplimiento.  
(Sacan las espadas ESTEBAN y el BURLÓN.)

<sup>1</sup> Por lo que se ve, este BRAVO debe de ser el mismo ESTEBAN.

<sup>2</sup> Debe ser BURLÓN el que dice esto; así como ESTEBAN el que le contesta.

JUANA.  
¡Ay, se matan, se matan!...

BURLÓN.  
Por mi cuenta,  
esta riña es primera de sesenta.

ESTEBAN.  
Aquesta es mi señora.

JUANA.  
Aquestos dos señores, dos de espadas.

ESTEBAN.  
¿Qué quiere, caballero?

BURLÓN.  
¡Á Dios pluguiera  
que fuera yo de gente caballera!  
Peón soy, que un abuelo me decía  
que era de la española infantería.

JUANA.  
¿Qué nos manda vuesté?

BURLÓN.  
No tengo intento  
de hacer por agora testamento.  
« Siéntese vuesté.  
—Voacé se siente. —No, no, no haré tal.  
—Estaremos dos horas.  
—Sacad asientos ¡hola! á estas señoras.  
—Bien estamos así, no hay que cansarse.  
—No escucharé palabra sin sentarse.»

ESTEBAN.  
¡Qué lindo socarrón!

JUANA.  
Reír me ha hecho.

BURLÓN.  
¿No he estado muy gracioso? Sí, á fe mía.  
¡Qué donaire!: mercedes merecía.

JUANA.  
En efeto, ¿qué quiere?

BURLÓN.  
Menos voces.

Perdido soy.

JUANA.  
¿Perdido?: hase engañado,  
que en su vida ha sido tan hallado.

ESTEBAN.  
¿Qué hombre es aqueste, Juana?

BURLÓN.  
Soy un hombre  
que Burlón me intitulan por mal nombre,  
de humor regocijado y gusto fresco,  
de socarrón espíritu y burlesco;  
de suerte que me parten por los lomos  
la noche que no doy setenta comos,  
tan bien dados y tan á letra vista,

que en la villa me llaman el Comista;  
y aquí donde me ven muchachas bellas,  
¡vive Dios! que me estoy burlando dellas.

ESTEBAN.  
Y lo creo.

BURLÓN.  
Bien puede.

JUANA.  
Seas quien fueres,  
que has de vengar aquestas dos mujeres  
esta noche, de un médico sin tino,  
viejo, rico, vecino y tan vecino,  
que desde su rincón nos administra,  
y sin ser aduana, nos registra:  
hazle una burla como de ti espero.

BURLÓN.  
Déle ya por burlado y sin dinero:  
¿adónde vive?

ESTEBAN.  
Aquí, pared por medio.

BURLÓN.  
Llevará treinta comos sin remedio.  
¡Ea!, venid conmigo.

ESTEBAN.  
¿De noche?

BURLÓN.  
Pues.

JUANA.  
¿Nosotras?

BURLÓN.  
Sí, es el caso.

JUANA.  
Ésta es la puerta.

BURLÓN.  
Toca aquesa aldaba.  
¡Ay, Dios, peor está que [antes] estaba!  
¡que me muero, señores, que me fino!

JUANA.  
¿Es burla?

BURLÓN.  
¡Confesión!

ESTEBAN.  
Señor vecino:

¡ah de casa!

Sale arriba un DOTOR, cubierto con una manta y un candil encendido.

DOTOR.  
¿Quién es?

ESTEBAN.  
Baje y aprisa,  
que se muere aquí un hombre.

DOTOR.  
Bueno; ¿es rísa,  
ó es comito?

BURLÓN.  
¡Jesús!

DOTOR.  
¿Ó son quimeras?

ESTEBAN.  
¡Ay, Juana, por mi fe, que va de veras!  
Muy malo está.

JUANA.  
Señor dotor, ¿no baja?

DOTOR.  
¿Conócele vusté?

JUANA.  
Bien le conozco.

DOTOR.  
¿Qué humor de hombre?

JUANA.  
¡Qué sé yo!

DOTOR.  
¿Es colérico?

JUANA.  
No lo parece.

DOTOR.  
Pues será flemático.

JUANA.  
Como vusté bien sabe.

DOTOR.  
¿Es muy moreno?

JUANA.  
Harto moreno es.

DOTOR.  
¿La barba es poca?

JUANA.  
Ninguna.

DOTOR.  
¿Echa espumajos por la boca?

JUANA.  
No echa espumajos. (Vase.)

DOTOR.  
¿Pagarámelo?

JUANA.  
Pagarémosle muy de buena gana.

DOTOR.  
Pues vuélvase vusté por la mañana.

ESTEBAN.  
Oiga, escuche, dotor.

DOTOR.  
¡Qué impertinencia!

ESTEBAN.  
Mire, que le encargamos la conciencia  
si se muere este hombre.

BURLÓN.  
¡Gran trabajo!

DOTOR.  
Díganle que no muera, que ya bajo.

BURLÓN.  
¿Viene el doctor?

JUANA.  
¿Qué siente?

BURLÓN.  
En las entrañas  
me parece que están jugando cañas,  
y en toda la caterva de los poros  
que dan carreras y que corren toros;  
y en el cerebro, que es más empinado,  
me están diciendo suban al terrado,  
y á vuesarcedes dos...

ESTEBAN.  
¡Qué gran mancilla!

BURLÓN.  
Pienso que son las mulas de la villa.

*Sale el Dotor.*

DOTOR.  
¿Qué es del enfermo?

JUANA.  
¡Qué de espacio viene!

DOTOR.  
¿Y el pulso, mi señor?

BURLÓN.  
Aquí lo tiene.

*(Saca debajo de la capa una pata de vaca y pónesela en la mano.)*

DOTOR.  
¡Malaño, qué cerdoso y qué robusto!  
Este hombre es colérico y adusto.  
Informe.

BURLÓN.  
Que me place, señor físico:  
antes que yo naciera estaba tísico;  
y habrá un año, si mal no lo he pensado,  
que me quiso doler en este lado;  
pero un doctor llamado Guadiana,  
me curó por ensalmo una almorran.

DOTOR.  
¡Jesús, y qué mentira conocida!

BURLÓN.  
No me vaya á la mano, por su vida.

DOTOR.  
Pues abrevie, señor, que hace gran frío.

BURLÓN.  
Yo tenía en Pamplona cierto tío,

que era de mi señora madre hermano;  
aqueste quiso bien á un cirujano,  
digo á su hija, siendo cosa cierta,  
que la hubo en un moro de Viserta.

DOTOR.  
Este es delirio, morirá sin duda  
mirad qué somos, los que estáis delante.

BURLÓN.  
Eso dijo un doctor á un platicante,  
viendo en la calle un bulto helado y yerto:  
«¡Mirá qué somos!», y era un asno muerto.

DOTOR.  
Muy malo estáis, señor.

BURLÓN.  
Cúreme, digo.

DOTOR.  
Yo no quiero mataros.

BURLÓN.  
¡Ay, amigo!  
Pues ¿no dicen que comen los doctores  
de los que matan como cazadores?

DOTOR.  
Suéltame hombre, ¡ay, que me pellizcas!  
suéltame, ó ¡vive Dios!

BURLÓN.  
¿Por qué me deja?  
¿Soy el enfermo yo y vusted se queja?

DOTOR.  
Pues ¿no me he de quejar, si ya me tienes  
á pellizcos la carne renegrada?

BURLÓN.  
No me vaya á la mano, por su vida.

DOTOR.  
Iréte á la cabeza, ¡vive Cristo!,  
si agarró de una piedra y te la embisto.

BURLÓN.  
Señor Dotor, yo he desengañalle;  
estas dos mozas vienen á roballe,  
y á mí me pagan porque le entretenga  
con esta enfermedad.

DOTOR.  
¡Oh, mozas viles!  
tan criminales sois, como civiles.  
Ladronas, ¿qué os ha hecho mi dinero?  
¡Moriréis, vive Dios!

JUANA.  
Viene hecho cuero.

ESTEBAN.  
¡Almacén de bragueros, poco á poco!

DOTOR.  
¿Qué es de mi hacienda?

JUANA.  
Él se ha vuelto loco.

*Sale un ALGUACIL.*

ALGUACIL.  
¿Qué ruido es éste?

BURLÓN.  
Un viejo del infierno  
que fuerza una mujer.

ALGUACIL.  
¡Jesús eterno,  
qué deshonestidad!

BURLÓN.  
Pues llegue á prisa,  
que no le ha de hallar menos que en camisa.

ALGUACIL.  
¡Téngase á la justicia, oh, viejo verde,  
deshonesto, lascivo!

DOTOR.  
¿Muerdo ó vivo?;  
porque pido mi hacienda ¿soy lascivo?  
¿Qué mujer fuerzo yo? ¿Por Dios sagrado!,  
que sólo mi dinero es el forzado.

ALGUACIL.  
Una de aquestas dos.

ESTEBAN.  
No hay quien lo entienda.  
Él salió á visitar aqueste enfermo.

ALGUACIL.  
¿Qué enfermo? ¿Están borrachas?

DOTOR.  
Ya ha volado.  
JUANA.  
Á todos el Burlón nos la ha pegado.

MÚSICOS.  
¡Hola! esto, muchachas bozales,  
huid del Burlón,  
que mezclando las burlas en veras  
engañan sus obras y encanta su voz.

## 325

CXVI.—Entremés y baile del Invierno y el Verano.<sup>1</sup>

DE BENAVENTE

[PERSONAS:

LA PRIMAVERA.	MARIFLORES.
EL VERANO.	MARINIEVES.
EL INVIERNO.	MÚSICOS.]

*Salgan los Músicos y canten.*

MÚSICOS. Ya se salen de sí mismos  
los dos mayores contrarios,  
que en sus doce meses tiene

la revolución del año;  
el uno es Martín Invierno,  
y el otro Rivas Verano,  
que huyendo aqueste de aquél  
guían á Madrid sus pasos.

*Salga la PRIMAVERA con guirnalda de flores, cantando.*

VERANO. Primavera soy de flores,  
alégrense los humanos;  
que vengo de rama en rama  
dando alegría á los campos.

*Sale el INVIERNO con guantes y ropa de martas.*

INVIERNO. Yo soy el Invierno, y vengo  
nubes y escarchas pisando,  
á dar ganas de comer  
á los que están desganados.

MÚSICOS. Juntos caminan los dos,  
y mirándose á lo zaino,  
en la Venta de Viveros  
con sus marcas encontraron:  
Mariflores, la de Andújar;  
Marinieves, la de Campos,  
hembras que arden y tiritan  
por la virtud de sus guapos.

*Salga MARIFLORES con un ramillete en la mano.*

FLORES. Las Auroras alegres  
sigo del Mayo,  
porque soy Mariflores,  
y entre aromas y olores  
con mi flor campo.

*Salga MARINIEVES por la otra puerta con toca viscaína y capote.*

NIEVES. Al Enero me acojo,  
á su nieve me atengo,  
porque soy Marinieves,  
y en sus días breves  
regalado bebo.

VERANO. Bien venidas.

INVIERNO. Bien venidas.

FLORES. ¿Dónde va la gente honrada?

VERANO. A Madrid.

INVIERNO. A Madrid vamos.

FLORES. No vayas allá, mi alma;  
que ese ladrón ventecillo,  
aquese desuella-caras,  
que tiene Cierzo por nombre,  
anda corsario en la manfla:  
lodos hay hasta la cinta,  
donde zozobra y se atasca  
toda humilde mantellina.

INVIERNO. Si estoy yo allá, cosa es clara  
que ha de haber lodos.

VERANO. ¡Qué importa  
que lodos y barro haya,  
si en entrando yo los limpio,  
dejando desocupadas  
desa inmunda ocupación  
calles, plazuelas y plazas!

INVIERNO. Si, mas vendrá luego el polvo  
contigo, por cuya causa,  
lo que en invierno se pisa,  
todo en verano se traga.

VERANO. Anda, que eres un temblón.

INVIERNO. Yo tiemblo, mas tú te abrasas.

VERANO. Tú vives por una estufa.

<sup>1</sup> Flor de entremeses. Madrid, 1657.